

Religión

EL 80º

ANIVERSARIO

DE PIO XII

80 años.- Ochenta años; etapa ciertamente larga en la existencia humana. Vida en pleno descenso; inmovilidad o paso vacilante. Indiferencia por el presente; ecos del pasado en cuya oscuridad reposan polvorientos recuerdos. Manos temblorosas; mirada lánguida con tristeza de despedida.

Pío XII, desde el 2 de Marzo de este año, es octogenario (1876-1956). El hilo frágil de su vida en estos últimos tiempos ha estado varias veces a punto de romperse. El 24 de Setiembre de 1954, en Castel Gandolfo, asaltado por un ataque de hipo convulsivo se acercaba a un fatal y rápido desenlace. Todos daban sus días por muy contados; y más que los demás el mismo Papa. Y porque era su deseo morir en el Vaticano, el 25, al mediodía salió en automóvil para Roma. Su chofer que ha contado las peripecias de aquel viaje lo califica de Via Crucis. Oficialmente anunciaba el Vaticano que el Papa se hallaba "gravemente enfermo" y el 29 recibía la Extrema Unción. El diagnóstico médico "gastritis complicada con un hiatus en el esófago" no era compartido por todos ni el tratamiento a seguir. El 30, la situación era desesperada. En medio del nerviosismo general, sólo Pío XII reposaba tranquilo. El OSSERVATORE ROMANO tenía preparada una edición especial orlada de negro. En Caracas, algunos diarios estaban recogiendo datos biográficos. Sin embargo, el momento temido no llegó; pasaron días y meses y la noche del 2 de Diciembre tuvo lugar la visión de Cristo que confortó a su Vicario. Desde entonces el restablecimiento ha sido total y hoy, en medio de la abrumadora responsabilidad del cargo, el Papa se encuentra con un vigor físico y una frescura mental que es la admiración de todos. Razón

tiene el Arzobispo Montini, al calificar la edad del Papa octogenario de "vigorosa longevidad".

Su vida.- Vive en ambiente de austeridad. Conocida es de todos la laboriosidad continua y prolongada del Papa. Y el trabajo es el ascetismo que más modela al hombre. Seguidor fiel de las normas evangélicas, sabe que hay peligros que sólo pueden ahuyentarse con la alianza de la oración y penitencia. Por eso el duro suelo ha sido con frecuencia el lecho durante su corto sueño. Muy pasada la media noche, sigue su cuarto de estudio bañado en luz y cuando los rayos del sol naciente filtran por las ventanas el mensaje del nuevo día, lo sorprenden vigilante y alerta. A esta parsimonia en el sueño le acompaña su frugalidad en la mesa. Son sencillos y muy medidos sus platos. Cuenta Podellaro que en 1939, antes del Conclave, se encontró en un banquete oficial donde con muchos seglares se hallaban algunos Cardenales y entre ellos Pacelli. El fue quien bendijo la mesa. "La bendición es corta pero el Cardenal la recitó lentamente, destacando cada sílaba y los que habitualmente la recitaban con rapidez, tuvieron que oír el Amén final de su Eminencia. Yo me dí cuenta, por la rapidez y naturalidad con que la emoción se dibujó en su rostro, la facilidad con que podía reconcentrarse. Terminada la bendición comenzó el banquete. Me fijé en la actitud del Cardenal con los alimentos y me pareció la de una persona que dicta su correspondencia. Cada plato era una carta. El Cardenal leía los 'platos', no los comía. Le bastaba a veces una mirada rápida, un bocado y... adelante".

Quien así procedía en público ajustaba la conducta a su práctica habitual. Era de la raza de San Pio V que repetía: "Me basta una sopa de pan y dos huevos".

Sencillo en su trato, ama, como es lógico, la naturaleza y en ella los seres vivos que más reflejan la inocencia. Dos canarios hacen resonar sus habitaciones particulares con el surtidor sonoro de sus gorjeos. Uno de ellos, mientras el Papa, por la mañana se afeita con su máquina eléctrica, revolotea fuera de la jaula y posándosele sobre los hombros, le dedica los mejores trinos de su resonante garganta.

En Castel Gandolfo es otro el ambiente: ambiente de idilio campestre. Valle apacible en cuyo centro brilla, como gema engastada, el Lago Albano de tranquilas aguas. En el palacio

papal amplios jardines y campos con su rebaño de ovejas. Allí había familiarmente con sus jardineros y obreros y el Pastor de los Pastores pasa largos ratos entre ovejas y corderos. Lo retrató un poeta:

Entre sus mansas ovejas
y ensortijadas corderas
que, con sus blancas guedejas,
pintan de blanca nieve las praderas.

En esa atracción por la sencillez tienen puesto de preferencia los niños. Ni la dignidad ni el aparato exterior que lo rodea son vallas para que la infancia se le acerque efusiva y confiada; mantenga con El diálogo natural con oferta de pequeños obsequios. Pío XII, a su vez, ve en ellos, como Cristo, la imagen de los ángeles y quiere apoyarse en su inocencia para la eficacia de las plegarias. Por eso, su primera Encíclica, *SUMMI PONTIFICATUS*, se cierra con este apóstrofe a los niños: "Y vosotros, cándidas legiones de niños, tan amados y predilectos de Jesús, al comulgar con el Pan de vida, alzad vuestras ingenuas e inocentes plegarias y unidas a las de toda la Iglesia. A la inocencia suplicante no resiste el Corazón de Jesús que os ama: orad sin interrupción".

En su vida íntima todo está pautado por la sencillez. Oración y trabajo; trabajo fuerte, intelectual que reclama el reposo y el silencio para la fecunda gestación del pensamiento; para el desarrollo de la vida interior, espiritual. Lejos de la frivolidad u holganza, patria de los mediocres, vive en el silencio activo, patria de los fuertes y fecunda su vida con el dolor del esfuerzo.

Fátima y el Papa. Lo que fue acogido al principio como superchería, se ha impuesto al fin como verdad. El Vaticano de Pío XII tiene vinculación especial a la Cova de Iria con su protagonista principal. El 13 de Mayo de 1917, cuando por primera vez la Virgen se aparecía en Fátima a los tres pastorcitos, LUCIA, FRANCISCO y JACINTA, ese mismo día en la Capilla Sixtina de Roma era consagrado por Benedicto XV un nuevo Obispo. Su nombre: EUGENIO PACELLI. Desde entonces han sido varios los mensajes transmitidos a Lucia. Muertos prematuramente, según preannuncio, Francisco y Jacinta, queda ahora ella sola con la misión celeste.

La sexta aparición del 13 de Octubre de 1917 en Fátima, cuando ante 70.000 espectadores, comenzaron los extraños fenómenos meteorológicos y sobre todo "la danza del sol", tuvo su repetición en Roma, el 30 de Octubre de

1950. Eran las 4 de la tarde y el Papa llevaba como un cuarto de hora paseando por sus jardines, cuando oyó una voz secreta que le invitaba a levantar sus ojos y clavar su mirada en el sol. Entonces vió, dice el Cardenal Tedeschini, los movimientos violentos del astro, agitado, inquieto; una serie de movimientos celestes, en una transmisión de mensajes mudos pero elocuentes. Son avisos para que los pueblos abran sus ojos y vuelvan sobre sus pasos. Lucia era una analfabeta y la misma Virgen le urgió para que aprendiera a leer y escribir. Diez años más tarde por obediencia a la Virgen, consignaba por escrito la historia de sus visiones. En 1937 entregó dos cuadernos al Vaticano; otros dos en 1942. Su contenido es un secreto que sólo ella y el Papa lo conocen. Uno de los sobres lleva esta inscripción: "Para abrirse en 1960". La consagración al Inmaculado Corazón de María aparece en una de las apariciones como fuente de especiales bendiciones para el mundo y Pío XII el año 1942 consagró el mundo entero a ese Purísimo Corazón.

Pío XII Doctor. Una de las funciones principales del Papa es el magisterio; es Maestro. Y cuando actúa como tal, para toda la Iglesia y en materia de fe y moral, su enseñanza no sólo está totalmente empapada en verdad, sino que no puede mezclarse con el error. Pero la palabra con que se expresa la idea, el enfoque de muchos problemas, depende de diversos factores entre los que deben contarse las cualidades naturales del Papa: su formación literaria, filosófica, teológica, cultural...

Sabemos que el paso del joven Pacelli por las aulas fue siempre el del estudiante muy aprovechado y que, su seriedad unida al esfuerzo y buenas aptitudes, hicieron concebir de él las más halagüeñas esperanzas. Sirvieron los estudios humanísticos para el des-
envolvimiento de su fantasía, para su sensibilidad por lo bello y más tarde para la creación de la belleza. La alta y noble poesía; la elevada y digna oratoria y la armonía dulce al oído eran para el paladar de Pacelli, manjar regalado. No había en esos estudios ni la triste finalidad del pasatiempo, ni el temor de futuros exámenes o el estímulo de una malsana curiosidad. Abierto el espíritu a las emociones de la belleza, recogía sus efluvios lo mismo en los jardines de Grecia, que en los foros de Roma o en las literaturas más modernas. La misma música que él gustaba con preferencia en las

cuerdas del violín era para su espíritu más que halago superficial del oído, medida y orden; desarrollo gradual e inspirado de una melodía o sentimiento; ritmo y compás.

Con el espíritu abierto y maduro se sentó en las aulas de Filosofía y buscó en la Filosofía perennis, el estudio de los problemas que Dios, el hombre y la materia plantean al que busca las últimas causas.

Nunca se contentó con las escuetas tesis de los programas sino que procuró ahondar en los problemas descendiendo a ellos con toda su alma, llevando no sólo la luz del seco raciocinio sino también la vibración de la sensibilidad. La idea fría y descartada la vistió con el calor de la emoción, los colores de la imaginación y las vibraciones de su alma. No eran las suyas meras ideas que podrían catalogarse u ordenarse como los libros de una biblioteca; sino órganos que formaban un todo y funcionaban con intenso ritmo vital.

La Teología en sus diversas ramas; el Derecho Canónico, la Diplomacia dieron a su formación el carácter de algo completo y total. No obstante era el primero en reconocer que en sus estudios de aulas y Universidades sólo había echado las bases y que un empeño ulterior debía ampliarlas; contrastar la teoría con la práctica y expresar sus ideas en ceñido y elegante estilo.

Un discurso-clave.- No hay tema científico o actividad humana que no esté en realidad en perfecta conexión con el ideario cristiano. Y es maestro consumado en descubrir esas relaciones y enfoques el actual Pontífice. Una síntesis profunda de la ciencia le ha puesto en el rastro de este parentesco íntimo que liga a la naturaleza, y sus ideas, magistralmente expuestas pueden verse en el Discurso Inaugural del Año Académico de 1939 de la Academia Pontificia de Ciencias, ARMONIA ENTRE LA CIENCIA Y LA FE.

Al lanzar Dios la creación de la nada al sér, con ella vino el mensaje de la verdad. Tarea del hombre es descubrirla y revelarla; pero tarea difícil por hallarse con frecuencia tan oscura y compleja que constituye un verdadero enigma. Si el hombre no crea la naturaleza, no puede soñar con ser el creador de la verdad inherente a ella. Es una conclusión estricta del Papa al afirmar: "No somos la medida de la verdad del mundo ni de nosotros mismos, ni del alto fin al cual estamos destinados".

Dios, la Naturaleza, el Hombre. Dios

como Causa; la Naturaleza como su efecto y el hombre como ser racional, penetrando por el efecto y ascendiendo por él a la primera Causa. Movimiento descendente y ascendente. Hija de Dios es la Naturaleza con la Verdad en ella encerrada. Hija de la Naturaleza es el conocimiento que en ella y por ella descubre el hombre, comenzando por el concurso de los sentidos. Formado así el árbol genealógico no duda en escribir acertadamente el Dante: "La naturaleza toma su curso de la divina inteligencia y de su arte; y vuestro arte, tanto como puede, sigue a aquella como el discípulo a su Maestro, de suerte que nuestro arte es a Dios como un nieto". Y eco de ese pensamiento escribe el Papa: "También el espíritu humano, no oscurecido por los prejuicios y los errores, comprende que, como la Naturaleza es hija de Dios, medida en su verdad por la inteligencia divina, asimismo, midiendo ella el conocimiento de nuestro espíritu, que lo recibe por el canal de los sentidos, hace de suerte que la verdad de nuestra ciencia sea hija de esta naturaleza y, por lo tanto, nieta de Dios".

Son los sabios grandes buceadores en la búsqueda de la verdad; audaces navegantes que cruzan mares inmensos con la brújula del espíritu, que vuelven con la carga de nuevo material, para luego, en el silencio del estudio, cristalizar su esfuerzo y ansias en la conquista progresiva de verdades. Son legión los que así han trabajado y nuevas generaciones, entre ellas la que constituye la Academia Pontificia de Ciencias continúan en la Conquista. "Vosotros, les dice el Papa, nos reveláis el secreto de la verdad oculta desde siglos y soterrado en el universo; estáis a punto de descomponer el átomo mismo, para intentar llegar a un conocimiento más íntimo de la constitución de los cuerpos; despertáis y reveláis fuerzas desconocidas a nuestros abuelos; vosotros las domináis y las dirigís como os agrada; propagáis la voz y la multiplicáis hasta las extremidades de la tierra y conjuntamente con la palabra os preparáis a hacer expandir ante nuestra mirada la imagen viviente de nuestros hermanos y del mundo de los antípodas, mientras que con ala poderosa os eleváis del suelo para disputar a las águilas el reino de los vientos y para vencerlas en velocidad y altura".

Bien está ese canto lírico a la obra conquistadora de la ciencia, que en forma de bendiciones y plegarias, entona también la Iglesia desde hace si-

glos y le dedica recuerdo reverencial en los restos paganos que ha salvado en el remanso de sus museos y en el retiro de sus claustros. Dios mismo acompaña al hombre y le estimula en ese noble empeño, abriendo ante sus ojos atónitos el libro de la creación y poniendo en sus manos la Biblia que encierra la ciencia en forma más segura, por ser eco directo de la palabra del mismo Creador. La fe y la razón son hermanas del mismo Padre; cantan el mismo himno si bien en diversa clave, ya que la una se funda en la percepción directa de la verdad y la otra en la autoridad del testimonio. Pero si la una por su origen y como hermana mayor, merece el honor y la supremacía; la otra, por su calidad y como hermana menor, presta incalculables servicios. ¿"No está la razón al servicio de la fe, a la cual rinde, precisando sus fundamentos y defendiéndola, el *rationale obsequium*, el homenaje que proviene de la señal de la semejanza divina de donde la razón toma su belleza?"

Libre la razón en el método y la investigación dentro del dominio de cada ciencia, debe en sus conclusiones evitar la aceptación de errores contrarios a la divina doctrina o la invasión de sectores ajenos a su alcance.

Sublime la escuela de la Naturalza, pero no puede la mente descansar definitivamente en ella, por no alcanzar el ápice de la verdad. Plus Ultra.

Cumbres más altas señala la fe, pero ni allí se hace para nosotros el mediodía ni se disipan las nieblas que empañan la directa y clara visión.

La cima última, donde brilla la verdad en su apogeo y hasta las neblinas más sutiles se disipan, es el cielo. Allí, en un solo foco, en la esencia divina, con una sola mirada y con claridad sin sombras, percibiremos la verdad con más profundidad que los genios más potentes tras años de estudio; más y mejor que si percibiéramos las cosas en sí mismas, pues éstas no son más que copia imperfecta de la Verdad divina.

Qué bellamente cantaba esto Fray Luis de León:

"Allí a mi vida junto
en luz resplandeciente convertido,
veré distinto y junto
lo que es y lo que ha sido,
y su principio propio y escondido".

Cierra estas admirables ideas una oportuna cita de Dante. Como hojas sueltas de un libro ha desparramado Dios las criaturas por tierra, mar y cielo; pero toda la creación y mucho más y de manera más perfecta se halla en la esencia divina encuadrado con amor en un solo volumen: "*legato con amore in un volume*".

Esta serie de ideas, totalmente asimiladas; asentadas en lo real y objetivo deben dar al pensamiento católico un tono de firmeza y seguridad, sobre todo cuando se corrobora con la fe. Nuestra mirada hacia el porvenir debe ser confiada, audaz y de avance. Sin estancamientos en un adúlterado y estéril tradicionalismo, enemigo de todo avance y de toda innovación.

Con razón escribe un renombrado autor: "La misión del pensador católico es la de batirse en el frente mismo del avance científico, ya que tiene la retaguardia bien cubierta. Batirse en el frente no quiere decir negar, a priori, el valor de todo nuevo descubrimiento, sino avanzar más a partir de él, sobre todo cuando parezca que está en contradicción con el cuerpo de su doctrina. La contradicción debe disolverse en el progreso de los conocimientos, no en el retroceso ni en la inmovilidad de la inercia". Esta es la fórmula que tan acertadamente usa el Papa. Al sacerdote lo mismo que al banquero; al científico como al pastor de ganado; al obrero y al empresario, a todas las edades y condiciones les habla desde esas alturas de profunda síntesis, pero dejando caer el rayo de verdad, el oportuno, el adecuado, sobre cada uno de sus oyentes.

Esa es la actitud de Pío XII; esa su táctica y ese el admirable ejemplo que nos lega a diario en su juventud de ochenta años.

VICTOR IRIARTE, S. J.

